

habla, que se siente en el corazón un vientecillo fresco que huele a flores, y cuando mira, las cosas que alma adentro andan revueltas y desquiciadas, como que vuelven a su quietud y se colocan en su lugar propio y definitivo.

Amparado por ella, poco le importan las risas de Asunción y Margarita, y hasta los tenedores de tres puntas y los tazones de cristal con agua. Volverá muchas veces, ya lo creo, sólo por oírla y por verla mirar con sus ojazos verdes.

— El señor Miranda — anuncia el criado.

Entra en el comedor un joven alto y bien vestido, que a todos saluda familiarmente.

Cascales le presenta, añadiendo a las palabras de ritual:

— Es mi futuro yerno. Para el mes de mayo se nos casa la madrecita.

La madrecita y el recién llegado se miran sonriendo, y a Paco se le rompe no sabe dónde, pero muy adentro, algo, no sabe qué, pero que duele mucho.

Y entonces, un poco entristecido, piensa en Elena y la quiere un momento con toda su alma.

X

Hay que escribir al pueblo. Después del telegrama, el padre, y los amigos, y la novia, estarán esperando noticias e impresiones del ausente. Hay que escribir.

Paco se recoge a su cuarto, luego que Gutiérrez ha instalado en él el velador de la sala; el velador tiene un tapete de crochet con borlitas, y es en la sala sustentáculo de dos conchas de nácar y un álbum con retratos de familia. Gutiérrez recoge el álbum y las conchas, dobla el tapete, extiende un periódico sobre el desnudo velador, trae el frasco de tinta y dos mangos de pluma y vuelve apresuradamente al comedor, en que doña Cecilia, las niñas y los huéspedes amenizan la velada jugando al julepe. Gutiérrez tiene una suerte loca en el julepe; hay noches en que llega a ganar cuarenta céntimos, por lo cual es devoto ferviente de los

naipes y esperaba esta hora de la sobremesa con impaciencia de enamorado.

Paco se sienta; apoya los codos en el velador, la cabeza en las palmas de las manos, y medita. Es de noche; sobre la cómoda hay una lámpara de petróleo con pantalla de verde cartón: su luz cae de lleno sobre la cabeza de Minerva; en el techo bailotea un anillo replandeciente, y un moscardón revolotea en torno del anillo; la cama queda en sombra; el espejo, en sombra también, pero recogiendo en su cristal la claridad, parece una ventana abierta en la profundidad de la noche.

De fuera vienen ruidos extraños, porque hace viento y la angostura de la calle, oficiando de tubo de órgano, le recoge, y con él clarinea y trompeta en sonos gemebundos o marciales.

Del comedor llegan las risotadas y el charloteo, y a intervalos, el sonar de la calderilla sobre el plato de postre que sirve de cestillo.

Y Paco, ni oye el viento, ni oye los ruidos del comedor, porque está meditando.

Fácil es decir escribiré; y no difícil decidirse a ello; el intríngulis, como diría señor Manuel, está en decir las cosas como deben decirse, porque en esto de cartas más vale dejar de escribir que escribirlas y no a gusto de quien ha de leer el es-

crito. Y, por pícara ley de este pícaro mundo, bien pocas veces está de acuerdo lo que el escritor puede escribir, con lo que el lector gustaría de leer. Por eso, Paco, que es hombre bien sincero y poco ducho en el arte sutil de plumear con diplomacia, medita y remedita y vuelve a meditar, escudriñando su memoria para contarle todo, y tomando el pulso a su habilidad para contarle bien.

Sucede — y éste es el quid de la dificultad — que aun le dura la murria, que tiene hambre y sed de consuelo; lo que él quisiera es decir: estoy triste y estoy solo; y decírselo a alguien que le supiese compadecer: a su padre, a su novia, qué sé yo.

Y pensando, pensando todo lo que él pondría en el papel, resulta que la carta sería como sigue:

«... Sabrá usted, padre, que, al llegar a Madrid, el día estaba claro y yo estaba contento; y que por el camino venía yo pensando en vivir como un príncipe y gozar como un rey; y que soñaba con una casa que mejor que un palacio parecía, y que, tras mucho rodar del coche por calles y plazas, llegué a esta callejuela, que es fea y negra, y que huele a tristeza y suda mal humor por las paredes de sus casas roñosas; porque ha de saber

usted también que aquí en Madrid la pobreza no es como la pobreza del pueblo, que tiene cielo que ver y aire que respirar: aquí los pobres ni ven el cielo ni respiran el aire, y parece que la miseria es amiga de la oscuridad y hermana de la mugre.

»Esta mi posada, es decir, esta casa de su amiga doña Cecilia, no me atreveré yo a decir si es buena o mala; limpia sí está, pero es aún más oscura que la calle, y cuando está uno dentro de ella siempre parece que va a anochecer. La tal doña Cecilia es cariñosa, pero no sé qué tienen sus cariños, que a mí me saben a puchero rancio. Hay también dos muchachas — aquí el matiz del comentario se esclarece un instante—, de las cuales es una la morena más salada que usted pueda pensar, y hay varios huéspedes, unos alegres y otros tristes, que bien puedo jurarle a usted que todos ellos me quitan la soledad sin llegar a hacerme compañía.

»Estuve a visitar al diputado: es buen señor y me recibió bien. (Aquí la carta imaginaria se hace tan melancólica y amarga que al mismo que la escribe le arranca suspiros. Y entre suspiros va diciendo lo que el lector ya sabe, y luego continúa.)

»En total, padre, que estas gentes tan buenas,

son demasiadas gentes para mí, y que salí de aquella casa como si el mundo se me cayera encima, y que me fuí a un paseo que aquí dicen de la Castellana, que es el más elegante, y que paseo arriba y paseo abajo, como ya son los días cortos, llegó el anochecer, y encendieron los farolillos de los coches que por sobre el paseo rodaban, y que iban todos muy despacio, reflejando el charol de los unos las luces de los otros, con el sin fin de mujeres bonitas y de señores bien vestidos que en ellos iban, como reyes en tronos. Yo juraría, padre de mi alma, que olía el aire a perfumes y a caras bonitas, y que el hablar de las mujeres, que no se oía, pero se adivinaba, hacía en el aire como una música.

»Sabrá usted que a un lado y otro del paseo hay casas y palacios con jardines, y que, mirando entre los árboles de aquellos que están a mano derecha, se veía la puesta del sol; pero no era de lumbres como entre los álamos de nuestro huerto, sino color de rosa, y un poco más allá color de violeta; y le cuento esto, no por lo que en sí importe, sino al caso de decirle que aquel acabarse del día, tan pálido y tan triste, metía el corazón en un puño. Los coches, con sus luces, seguían pasando y pasando. ¡Querrá usted creerlo,

padre de mi alma! Más pena me causaban los coches que la puesta del sol, porque aquí dentro no sé quién me decía, digo yo que sería el mismo diablo: —¿Ves tú lo que presumes con tus dineros y tu bambolla? Pues esas señoronas y esos caballeros son de otra casta que la tuya—y... en fin, que yo me entiendo y usted me entiende y... ¿para qué gastar en balde papel y conversación?

»Sabrá usted que hoy ha sido el primer día de clase. Yo tengo tres asignaturas y cuatro libros de tan buen tamaño, que pienso que, en llegando a aprenderlos, he de saber más que el mismo Pancracio; por de pronto, ya en la tercera página de uno de ellos he visto escrito aquello que él predica a todas horas, de que todo se realiza en el tiempo y en el espacio; el quid está en tener paciencia para leerlos hasta el fin.

»Esta mañana fuí a la Universidad; había en la puerta de ella, y aun a lo largo de la calle, tantos muchachos, que en verdad me asomé de que exista en España tanta gente capaz de estudios; verdad es que todos ellos no parecían muy preocupados por lo que habían de estudiar; pocos llevaban libros, y muchos empleaban el tiempo en decir tonterías, y aun desvergüenzas, a las mujeres que iban pasando. Un grupo de ellos, plan-

tado en medio de la calle, obligaba a parar, llegando adonde estaban, coches y tranvías, y entre todos, tal zambra tenían armada, que más que a clase, a feria parecían llegar. A mí estas cosas se me antojaron simplezas de chiquillos.

»Parecióme la Universidad a modo de convento; creo que a los pasillos les llaman claustros, y bien lo parecen. Allí los estudiantes alborotan lo mismo que en la calle. En fin, que llegada la hora, entramos en el aula, que es un salón muy grande, con una escalinata de madera como tendido de plaza de toros; allí se sienta uno para aprender, y el profesor en una mesa enfrente para enseñar. El que nos ha tocado en suerte es un señor anciano, pequeñito y amable; pero con un mirar tan vivo que a todas partes parece que alcanza. ¡Ya ve usted qué simpleza! A mí me molestaba aquel mirar y hubiese querido evitar que me viese, y por lograrlo, desde el primer escalón donde al entrar me había colocado, fuíme subiendo poco a poco, pensando que allá arriba no me habían de ver; llegado a lo más alto volví la cara, y mire usted lo que es la mala suerte, resultó que allí es donde más se me veía; yo no sé cómo diablos está puesta la tal escalinata, pero es el caso que de nada sirve el subir ni bajar. Le digo de veras que pasé un mal rato.

»Para empezar la clase, el profesor nos ha echado un discurso. ¡Cosa buena! Que si ustedes y yo hemos de ser amigos; que si yo no soy un maestro, sino un compañero que sabe más, y que viene a guiarles; que si trabajaremos como hermanos, con buena voluntad; que si la ciencia es fácil y el estudio sabroso; que si el saber alegra la vida..., y por ahí hasta quince minutos. Con lo cual, de tan bien hablado que estaba, y mejor sentido que parecía estar, venían deseos de pasarse estudiando y aprendiendo la vida entera, o, por lo menos, la mitad de ella; pero tras el discurso vino la explicación, y ¡vamos, padre! que, o yo mucho me engaño, o mucho se engañaba aquel señor ponderando las sales de la ciencia y, sobre todo, su facilidad, porque entender lo que él quiso decirnos no me pareció tan fácil y sabroso como era de esperar.

»Y contado esto de la primera clase, haga usted cuenta que sabe lo que pasó en la segunda, y lo que ha de pasar en la tercera, que comienza mañana, si no hay quien lo remedie.

»De otros particulares poco puedo decirle; en cada hora del día me acuerdo siete veces de usted, y de mi pueblo y mi casa, y hasta de los guisotes de Nicereta. Acuérdense ustedes también de mí, que hartó lo necesito.»

Tras esto, parrafada más o menos, y la firma y la fecha, bien podía la carta que Paco estaba cavilando darse por terminada, y aun perfecta en su género, pues que decía claro cuanto hay que decir; pero, precisamente, en tanta perfección de claridad estaba su mayor inconveniente, porque descubría flaquezas, si amargas para sentidas, no muy más dulces para contadas. La carta no ha de llegar a su destino, ni ha de escribirse por si acaso, que es el papel menguado celador de secretos. A más que nuestro amigo ni a sí mismo quisiera confesarse tales decaimientos y desanimaciones. ¡Pues no faltaba más! Estas son murrias de cuatro días que pasarán, y, entonces, ¡cómo se ha de reír al solo recuerdo de haberlas padecido!

Esto, aparte de lo que allá en Puento-la-Piedra hubieran pensado de sus añoranzas. ¿Qué diría Pancracio, y qué el señor doctor, y qué el padrino, y hasta mi señora doña María Inés? Paco recuerda el banquete famoso de la despedida, y los discursos, y las ovaciones, y se siente crecer, y se consuela, y hasta ve el mundo de mejor cariz. Verdad es que un minuto más tarde no sé qué risotada, que llega de la mesa del julepe, torna a traerle a la realidad, y, con la realidad, a las melancolías.

La carta sigue sin escribir, y el plieguecillo blanco como que se dilata en un largo bostezo de blancura, y, a poder hablar, bien sé yo que diría al vacilante mozo:

«¡Loado sea Dios, y qué apretados de meollo y estrechos de conciencia habéis venido a ser los mozos aventureros en esto de escribir desde la corte a los deudos que en la aldea dejasteis!

»Es decir, pusilánime mancebo, que te asustan las cuatro mentirillas que en buena ley has de escribir al padre para que, con tu ausencia, no se compunja y desazone, y que te parece poco menos que pecado mortal trocar por escrito en bienandanzas las malaventuras. Pues has de saber que trueques más donosos han forjado en todos los tiempos plumas sobre papeles desde que el mundo es mundo; y a fe que no se tuvieron jamás a pecado semejantes trastrocamientas, y sí a grande habilidad y galanura; y a aquellos hombres que supieron mejor y con más sutileza forjarlos, no por embusteros, sino por varones de ingenio grande, y hasta de grande utilidad, se han repudado siempre en las cultas repúblicas. Animo, pues, y por mí no lo sientas; sobre que un refrán dice: «El papel no se pone colorado», bien puedes sin temor hacerme nuncio de tus mentiras, que, por

estupendas que fueren, no pienso sonrojarme, ni dejar de cantarlas claro, con tal de que tú no las escribas muy oscuro. Y aunque refrán no hubiese, harto sé yo para lo que he nacido; que al echarme al mundo no me dijo mi madre la máquina: «Sal a decir verdades», sino: «Marcha a decir palabras»; y ya no hay papel en la tierra, aunque esté por nacer, que no entienda la grande distancia que va de palabras a verdades. Forja, pues, tu discurso, que, como él sea bueno y esté bien plumado, mas que no haya en sus letras un solo rasgo de verdad, poco importa. A más que aquí no es fuerza trastocar hechos, y cambiar lugares, y aun inventar personas, que no vas a escribir crónicas para reyes, sino cartas para tu pueblo; y lo que ha sucedido, bien sucedido está, no hay sino mudarle un tantico el color para dejarlo como las mismas rosas.

»Ya ves si el caso es baladí, y la dificultad de poca monta, y si es cosa de andar en escrúpulos de conciencia por mancha de color más o menos; que en esto de colores hasta el mismo sol miente, y todos le llaman maravilla de Dios. Ergo...»

No sé si fué el papel quien dijo todo esto que va escrito. Acaso lo diría Minerva desde su busto

color de bronce; acaso nadie lo dijo, y Paco lo escuchó; tal vez no lo escuchara; pero el caso es que, dicho o no dicho, escuchado o dejado de escuchar, hizo el discurso efecto; porque, abandonando la actitud meditativa, tomó el mozo la pluma y, de un tirón, con letra clara y razones breves, escribió como sigue:

«Madrid a 2 de octubre.

»Querido padre: Estoy bien de salud y muy contento de mi estancia en la corte. Ya, por el parte que le puse, sabrá que hice el viaje felizmente. En llegando, víneme a esta casa, que es de lo mejorcito que hay en Madrid; tengo en ella buen trato y buena compañía. Estuve a visitar a Cascales; no puede usted pensar cómo me recibieron, y las cosas que me dijeron para usted. Quédeme allí a comer, y pasé un día muy alegre: tanto, que pienso volver a menudo. Tiene tres hijas, que son muy bonitas, y muy simpáticas, y muy amables.

»Hoy empiezan las clases; esta mañana fuí a las dos primeras, y ya tengo comprados los libros. Por este lado todo marcha bien, porque los estudios no son cosa mayor; así es que pienso que no me llevarán tanto tiempo que falte para divertirme un poco.

»Madrid me gusta. He estado en el Retiro, que es un jardín muy grande y muy hermoso; y en la Castellana, que es el paseo de la gente rica; cientos de coches había en él, y cuando anocheció, como encendieron todos los faroles, parecía una fiesta con iluminación; era cosa bonita de verdad y muy alegre.

»No se enfade usted porque haya tardado en escribirle; desde que llegué estoy pensando en ello; pero no sé qué tiene Madrid, que las horas se marchan sin pensar. Como le digo, esto me gusta, pero no me sorprende, por ser casi lo mismo que me había figurado. Todo está bien, pero no hay esas maravillas de Madrid, Madrid que tanto pondera la gente del pueblo.

»Dígale usted a Pancracio que tengo un compañero de alojamiento que sabe casi tanto como él, y que siento que no esté con nosotros; porque los tres juntos... ya él me entenderá. A don Lino y a Frasco, que he visto al rey ayer, y que no digo nada; y al padrino, que ya le escribiré para contarle cosas de política, que aquí, en Madrid, es donde se las mira de cerca.

»No le digo que me acuerdo de usted, y de mi casa, y de mi pueblo, porque eso por sabido se calla, y no había yo de ser tan descastado que los

buenos ratos de la vida cortesana me hicieran olvidar lo que tanto quiero y tanto querré siempre. Y nada más; memorias para todos, y para usted un abrazo de su hijo

PACO.»

Terminada la epístola, por virtud del contentamiento que trae siempre consigo el dar remate a una tarea que se juzgó difícil, despejóse en parte el mal humor a Paco; y como en esto de los malos pasos, y más si son cosa de traza imaginativa, lo peliagudo está en el empezar, y una vez empezado, no hay sino dejarse ir bonitamente hasta donde el ingenio quiera llevarnos, aconteció que Paco, luego de escrita la carta al padre, sintió comézón de continuar escribiendo, y advirtió en sí mismo una lozanía y frescura de imaginación, y un arte para enredijar cosas vistas con lances soñados, que no había más que pedir; y así, de traza en traza, y de ponderación en ponderación, compuso hasta tres cartas más: una para el padrino, sesuda y grave, con puntas y ribetes de política; otra para Pancracio, que, en verdad, aflaba los dientes y abría el apetito, tales eran los verdores y lozanías de los lances en ella relatados, y la última para Elena Quirós, que era unas puras mieles.

Cerrada la correspondencia, que sabe Dios hasta dónde se hubiera extendido de no haber el quinqué empezado a mostrar con boqueadas su escasez de combustible, leyóla Paco para sí, y si se sonrojó o no se sonrojó, sabránlo acaso el pliego de papel y Minerva; a mí nada me han dicho, y, por lo tanto, nada sé; pero pienso que, después de leídas, por esa autoridad que tiene la palabra escrita aun para el mismo que la escribió, no andaría Trelles muy lejos de creer en la realidad de aquellos buenos ratos que iban en la correspondencia relatados tan por menudo.

Ya medio a oscuras, disponíase Paco a meterse en la cama, cuando llamaron a su puerta y entró por ella el señor don Enrique Alvarez, que, finado el julepe, iba de retirada.

— ¿Qué mil demonios ha estado usted haciendo encerrado en el cuarto tres horas de reloj? — El visitante trae en una palmatoria una vela encendida, y es gran suerte, porque el quinqué, tras larga agonía de llamaretadas azules, se muere de pronto.

— Estuve escribiendo.

— ¡Madre de Dios! Que por las muestras debe usted de ser hombre de entendimiento. ¡Tres cartas y tres horas! Al señor don Manuel Trelles, a

don Pancracio González, a Elena Quirós! ¡Cómo Elena Quirós, grandísimo picaronazo! Esta es la madre del cordero, y éstas son las tres horas de correspondencia. Digo, y lo que el señor don Francisco se nos tenía guardado. Elena Quirós, Elena Quirós. ¡Sabe usted que ese es nombre de alcurnia y significación, y sonará muy bien en la señora de un futuro padre de la Patria!

— ¿Qué, se ha ganado mucho? — preguntó Paco para cortar el flujo de palabras al señor don Enrique.

— ¡Ganar! En esta casa no gana nadie más que doña Cecilia y Carlitos; noventa céntimos se me han llevado entre los dos. A propósito, tengo que darle a usted una noticia: esta noche ha venido un huésped nuevo, que duerme en la alcoba del pasillo.

— ¿Y Gutiérrez?

— A Gutiérrez le han puesto un catre en el ropero del comedor.

XI

Es noche de noviembre, y está lloviendo.

Muy cogidos del brazo, al amparo de un solo paraguas, atraviesan la Puerta del Sol Paco y su amigo Alvarez. Llevan delante a una muchacha rubia, que, por librar del barro la faldamenta, muestra algo más que el pie, y lo muestra con gracia y picardía.

— Estas — dice Alvarez, que se las da de picarón — son las ventajas de la lluvia en Madrid. No puedes darte idea de lo que agradecemos, hombres y mujeres, un día de estos metido en agua; nosotros, por ver; ellas, por mostrar; todos estamos como en la gloria.

La rubia sorteaba maravillosamente los riegos del asfalto encharcado; ya se desvíaba, con movimiento airoso, para evitar un choque; ya balanceaba el paraguas, sorteando los otros que, junto al suyo, van y vienen, y, a compás del paraguas, cimbreaba el